

Sensibilidad y movimiento, fuentes inagotables del intelecto

Armando Mansilla Olivares*

En ocasiones, la sola percepción de la forma, el color y la textura nos permiten apreciar la enorme belleza, delicadeza y quizá hasta la sensibilidad de alguno de los componentes de la naturaleza inmerso en su contexto primitivo y natural, como sucede cuando admiramos una flor silvestre y la juzgamos por su infinita sencillez y hermosura, su aparente inocuidad y labilidad ante el medio que le rodea, sin percatarnos de la enorme fortaleza que ante la adversidad le ha permitido desarrollarse en un ambiente poderoso y hostil. No obstante lo anterior, si aunado a la capacidad de recibir o detectar y de percibir o integrar, se logra capturar la esencia de lo que por sí mismo expresa el movimiento, la belleza del escenario expuesto ante los órganos de los sentidos se sublima, generando una idea mucho más completa y real del entorno que se experimenta en ese preciso instante que transcurre aparentemente en libertad concertante.

La diversidad de los hechos sorteados con éxito o sin él, las innumerables circunstancias aprendidas y frecuentemente repetidas, y las ideas elaboradas que embeben constantemente la mente, solo pueden manifestarse y someterse a la opinión de quienes les rodean a través de una expresión de naturaleza motora, sin la cual la posibilidad de trascender ante el medio con el cual se convive resulta, de hecho, prácticamente imposible. Los sentidos del tacto, el olfato, el gusto, la audición y la visión, además de otros, como los que detectan el ardor y el dolor, así como la propioestesia, sentido mediante el cual nos percatamos de la vibración, el peso y la posición espacial de los diferentes segmentos del cuerpo y su centro

gravitacional, son algunos de los receptores que utiliza el sistema nervioso central para «recibir» la información del medio ambiente en el cual se encuentra inmerso; todos ellos indican sensibilidad, capacidad para detectar y recibir las manifestaciones de las influencias a las que constantemente se encuentra sometido el organismo en tiempo y espacio y, curiosamente, esto solo representa una pequeña proporción de toda la información que recibe el encéfalo, ya que a través de diversos enjambres dendríticos de neuronas que nacen en las paredes de los vasos sanguíneos, en su endotelio, en los músculos y en los diversos órganos y sistemas, detecta y recibe información sobre los volúmenes linfático y sanguíneo, sobre la velocidad y viscosidad del flujo plasmático, el tono muscular arteriolar y venoso, la concentración sanguínea de hormonas y distintas sustancias y electrolitos, la temperatura de los tejidos y sus fluidos, así como la concentración de varios gases, tanto a nivel alveolar como sanguíneo e intersticial. Todo este enorme cúmulo de información es transmitida a conglomerados neuronales a todo lo largo del encéfalo, donde la percibe, la clasifica, la filtra, la compara, la traslapa y, finalmente, genera una respuesta motora con la que por un lado, mantiene el equilibrio homeostático del organismo y por el otro, en cuanto a los denominados órganos de los sentidos, genera ideas que puede o no manifestar en ese instante, pero cuya expresión será —en caso de que se lleve a cabo— invariablemente de naturaleza motora.

Una vez que el sistema nervioso central ha llevado a cabo los procesos de recepción, conducción y percepción

* Director General de Coordinación de los Institutos Nacionales de Salud.

Correspondencia:
Dr. Armando Mansilla Olivares
E-mail: armanolnc@gmail.com

de la señal capturada por los receptores sensitivos periféricos, la transforma de acuerdo al tipo de información recibida, la filtra y la difunde posteriormente a otras áreas de integración superior, las que al evaluar y comparar las señales recibidas, pueden o no volverlas conscientes e inferir un pensamiento con el que, o bien «termina» el proceso, o se desborda en una manifestación motora. La sensibilidad o recepción y, de hecho, la percepción —el más elevado y último de los mecanismos que el sistema nervioso central lleva a cabo para procesar la información y estructurar el conocimiento del ambiente que nos rodea— es el primero de los pasos en la construcción del pensamiento creativo. Su integración depende de procesos tan complejos como el almacenamiento, el recuerdo, la evaluación, la comparación, la inferencia y, como resultado de todo lo anterior, el desarrollo del pensamiento creativo, el que en caso de generar una expresión motora, convertirá a ese ser en un individuo único, distinto, con características especiales que lo transforman en un elemento esencial dentro de una sociedad que requiere de su participación.

Es curioso, pero aun dentro de las sociedades que se consideran más desarrolladas, es limitado el número de elementos que la componen y que se atreven a ejercer una influencia lo suficientemente poderosa como para acelerar y extender el paso o modificar el rumbo y alcanzar metas que para muchos pasan desapercibidas o parecen inalcanzables ante limitantes aparentes, como la económica o la tecnológica. De hecho, muchas veces parece ser más cómodo seguir las directrices trazadas por

otros, limitándose exclusivamente a disfrutar de los frutos obtenidos o a criticar las decisiones tomadas, cuando estas no han logrado el objetivo propuesto. No obstante lo anterior e independientemente del bagaje de conceptos almacenados en los circuitos encefálicos, las ideas y creatividad de cada uno de los elementos que forman parte de una sociedad no solo deben ser estimuladas para la generación de un pensamiento, sino que han de ser conducidas a una acción motora que permita conocerlas, juzgarlas y, quizá, modificarlas, desecharlas o impulsarlas, permitiendo con ello no necesariamente la «maduración» pero sí el enriquecimiento de la sociedad.

Es imperativo avivar en nuestra sociedad el interés por conocer, indagar, analizar, desmenuzar y averiguar la composición, integración y aprovechamiento de la disciplina a la que nos dedicamos; es necesario encausarla hacia el estudio, razonamiento y dominio de nuevos conceptos, despertando los ideales, ilusiones y metas, fortaleciendo y renovando actitudes, y esculpiendo el intelecto. Una revista científica de esta naturaleza impone una enorme responsabilidad para todos los miembros que forman parte de los Hospitales Regionales de Alta Especialidad, quienes deben participar con sus ideas y conocimientos, y un compromiso ineludible para aquellos que contribuyen con su pensamiento transformado en una acción motora y plasmado por escrito, en el cultivo del intelecto de la sociedad médica de la cual formamos parte.

3 de diciembre de 2013